

Del autoengaño y sus logros¹

Hugo AZNAR

Seguramente el último de los libros publicado por el Profesor Miguel Catalán es el más ambicioso de los que hasta la fecha llevan su firma. Y, a estas alturas, ya son varios puesto que el Profesor Catalán ha cultivado tanto el ensayo (*Pensamiento y acción*, 1994), como la novela (*El último Juan Balaguer*, 2003), como otros géneros menos precisos (*El sol de Medianoche*, 2001; *Diccionario de falsas creencias*, 2002), sin que falten tampoco en su bibliografía las traducciones de autores clásicos de renombre (Emerson, Dewey, Lippmann, etc.). De la calidad y ambición del libro que ahora reseñamos da buena prueba el aval con el que viene precedido, ya que fue merecedor del Premio de Ensayo Ciudad de Valencia “Juan Gil Albert” del año 1998. Además el libro forma parte de un proyecto más amplio del que ésta constituye su primera entrega, y que versa sobre lo que el autor ha denominado *Seudología*, es decir el estudio de los fenómenos de la mentira y el engaño. De hecho ya se nos anuncia una segunda parte, que igualmente viene precedida de su correspondiente premio, esta vez el de ensayo de la Diputación de Valencia “Alfonso el Magnánimo”, del año 2001.

El Profesor Catalán dedica esta primera entrega de su *Seudología* a “la estrategia biológica y psicológica del autoengaño” y a las diversas formas de expresión literaria a las que da forma. El ensayo presenta y analiza las diversas formas de la literatura de compensación: aquella en la que los autores buscan, a través de la cre-

¹ Miguel Catalán: *El prestigio de la lejanía. Ilusión, autoengaño y utopía*. Barcelona, Editorial Ronsel, 2004, 363 págs.

ación literaria, una cierta inversión de una realidad que no se ajusta a sus deseos o a sus expectativas. Así, “cuando el sufrimiento o la frustración nos sobrepasan, se cae en la tentación de eludir la costosa tarea de modificar la realidad y se opta a cambio por la de transfigurarla, valiéndonos de la imaginación, en una realidad psicológica más placentera” (pág. 17).

Siguiendo de algún modo la afortunada expresión inglesa del *wishfull thinking*, tan cara a la tradición pragmatista americana que Catalán conoce bien, el autoengaño psicológico tiene bastante de “optimismo cognitivo”, de intento de disfrazar la realidad existente a través de una creación que la invierta. Pero no dejaría de haber en ello –siempre que no se lleve a extremos contraproducentes– una cierta estrategia biológica de adaptación y superación de una realidad contraria a nuestros deseos. Visto así, el autoengaño resultaría ser no sólo frecuente sino saludable, de modo parecido a como Nietzsche interpretaba el olvido y su función terapéutica. Y ello sin relación con la capacidad intelectual del protagonista: el autoengaño sería capaz incluso de jugar malas pasadas a quienes han dedicado su vida a estudiarlo, como en la anécdota relatada de Sigmund Freud (pág. 44), en la que este maestro en desvelar los ocultamientos ajenos camufla su deseo insatisfecho de no haber obtenido el Nobel bajo la fórmula de considerarlo *poco acorde con su estilo de vida*.

A partir de este presupuesto básico el ensayo realiza un amplio y muy documentado recorrido por estas diferentes formas de autoengaño en las que la creación literaria y su resultado –la obra de arte, de literatura, de filosofía– se vuelve el trasunto de una realidad o una experiencia personales incómodas, insatisfactorias, cuando no frustrantes o realmente difíciles de sobrellevar. De acuerdo con Catalán, deberíamos pues a esta singular inversión algunas de las grandes obras de nuestra tradición escrita, como trata de poner en evidencia mediante referencias, citas y menciones a las vidas y obras de un gran número de autores. Precisamente uno de los aspectos más significativos del presente ensayo es la gran erudición que se despliega en sus páginas a la hora de aportar referencias que avalen su tesis, cruzando las habituales fronteras que la especialización ha levantado entre unas y otras disciplinas, entre unos y otros campos del saber, entre unas y otras obras escritas. Así encontramos referencias muy distintas entre sí: desde novelas –realistas, fantásticas, etc. – a reconocidas obras filosóficas –de San Agustín, Platón, Dewey, etc. –, pasando por relatos de viajeros reales e imaginarios de épocas muy diferentes; sin faltar tampoco las referencias a hallazgos empíricos de la medicina y la psicología, así como por supuesto a la abundante literatura de fuentes secundarias sobre todos estos temas.

El autoengaño de la ficción literaria tiene, como en la vida cotidiana –con la que el ensayo no deja de compararla–, una función compensatoria y eso da buena cuenta de algunos rasgos de ciertas formas de expresión literaria a las que ha dado forma a lo largo de los tiempos. El autor señala las claves generales de la literatura com-

pensatoria: en tanto que “reforma mental de acontecimientos dolorosos 1) da por supuesto que nada puede hacerse por el camino de la práctica, 2) ejerce un papel apaciguador sobre el sujeto que las emprende y 3) resta a la acción aquella determinante energía que sería precisa para modificar los términos reales del problema” (pág. 121). Así como sus fases: “en primer lugar, la derrota objetiva en el mundo real que produce en el individuo un grave sentimiento de humillación (en el supuesto ampliado a la parte sustancial de una vida, el fracaso real y el consiguiente sentimiento de frustración). En segundo, la fantasía donde se da la vuelta a la situación real; normalmente, una inversión mental en forma de historia sobre cuyo protagonista el sujeto lleva a cabo una identificación proyectiva. En tercero y último, el sentimiento de placer producido por la fantasía y la correspondiente mitigación de sentimiento de humillación (en el supuesto ampliado, la mitigación interior del fracaso y del sentimiento de frustración)” (id.).

Catalán pasa entonces a recorrer, bajo este prisma interpretativo, las diferentes formas de literatura compensatoria. Así, en la primera parte, repasa los relatos más o menos reales o ficticios de los descubridores y viajeros, en especial aquellos que se escribieron al comienzo de la Modernidad y que contribuyeron a su modo a forjarla. Probablemente es en relación a estos relatos que cobra su sentido más pleno el título del ensayo, *el prestigio de la lejanía*, bien geográfica, como en estos relatos viajeros, o bien histórica, como en las evocaciones de tiempos pretéritos propias del período romántico. Muchos de estos viajes y evocaciones sirvieron de ocasión para pintar paraísos inexistentes, en una particular selección que dejaba al margen los hechos que no se correspondían con la visión que el autor o relator quería transmitirnos o con los prejuicios con los que miraba la realidad. Fueron este tipo de relatos los que forjaron mitos bastante duraderos e influyentes en la cultura europea, como los del buen salvaje, la América idílica o, más tarde, los coloristas paraísos de las islas del Pacífico. Catalán destaca bien en este sentido cómo, según se fueron ampliando los límites de los países descubiertos, conocidos y colonizados –en los que se imponía ya el principio de realidad y sobre los que carecía de sentido proyectar falsas imágenes–, dichos paraísos volvían a reproducirse un poco más allá, marcando una nueva frontera ideal. El episodio de Gauguin (págs. 93 y ss.) nos revela incluso la instrumentalización más reciente a la que este prestigio de la lejanía puede dar pie, cuando, deseando el pintor volver a Europa, enfermo y cansado ya de su estancia *paradisiaca*, su tratante le disuade diciendo que no lo haga ya que la distancia sirve bien a su reconocimiento como artista intemporal. Catalán bien podría haber puesto de relieve esta instrumentalización en la más reciente de sus expresiones: la que de estos remotos *paraísos* hace hoy en día la publicidad.

Pasa después, en la segunda parte, a estudiar otras formas de literatura de compensación. Así nuevamente “una desgracia irreversible se situará en el punto de partida de los relatos interpretativos agustiniano y dantesco, de la profecía bíblica y del

utopismo: para llevar a cabo el fantaseo compensatorio será preciso que antes haya sucedido algo irreparable” (pág. 55) que Catalán rastrea en cada uno de estos casos.

Muy convincente resulta su aplicación interpretativa a los cuatro profetas bíblicos mayores (cap. V), donde la inversión de la realidad se hace especialmente significativa en sus relatos escatológicos y apocalípticos, que vienen a coincidir con períodos de tribulación para Israel: “Isaías se compone durante la dura época del destierro asirio y babilónico (722-597 a.C.) y los años del retorno, Jeremías y Ezequiel sigue al incendio del primer Templo, la toma de Jerusalén por Nabucodonosor (587 a.C.) y la desaparición del Reino de Judá, y Daniel sigue a la intervención profanadora de Antíoco Epífanes (169 a.C.)” (pág. 136). Los profetas asumen entonces un papel que, como decía Ortega, casi resulta ser “de servicio público”: levantar el ánimo del pueblo y mantenerlo unido en la expectativa, prometida y anunciada por Dios, de un futuro cambio de la situación presente, de una plena inversión de su sometimiento presente. El cambio de la situación –más bien el *anuncio* de ese cambio– se presenta de una manera tan absoluta que incluso introduce un *ánimo vengativo* que no siempre resulta tan marcado en otros relatos compensatorios. Estos anuncios proféticos van entonces más allá incluso de una simple compensación para ganar la fuerza y pregnancia que les da el relato minucioso del día de la ira (*dies irae*), que un Dios vengador ha de desplegar hacia los enemigos de su pueblo elegido: “lo que hace propiamente la profecía es sentir y hacer sentir la venganza a una audiencia convencida de antemano” (pág. 147).

Después de atender a este temprano testimonio de la literatura de compensación, así como también a las aportaciones de San Agustín y Dante, a las que dedica sendos capítulos, Catalán pasa a estudiar la tradición utópica. Dada la amplitud de esta tradición, no es extraño que merezca también el mayor número de páginas y probablemente los análisis comparativos más detallados del ensayo, reveladores de un notable esfuerzo por parte del autor.

Del buen éxito de la tesis interpretativa del autor dan cuenta los numerosos casos de obras y autores de la tradición utópica considerados. Entre los más convincentes seguramente está el de la obra de Margaret Cavendish *El mundo en llamas*, una clara inversión de la experiencia de desposesión y aflicción personal sufrida por esta mujer a raíz de la Guerra Civil inglesa, la posterior ejecución de Carlos I y el propio destierro sufrido por la autora. Como destaca Catalán, esta autora confesará experimentar un *gran placer* dándole la vuelta a su propia experiencia y vengándose en su fantasiosa utopía de quienes le han causado los males de su vida real.

Ahora bien, también es cierto que la misma amplitud y variedad de la tradición utópica hace que el alcance de la tesis interpretativa pueda resultar desigual en algunos aspectos. Ciertamente comprobamos, a través de las oportunas indicaciones de Catalán, cómo las obras de la tradición utópica han sido motivadas por sucesos históricos dramáticos o inconvenientes para sus autores –como la invasión de Roma,

la derrota de Atenas, las propias experiencias políticas frustrantes de sus autores, etc.—. Pero también cabe afirmar que el alcance explicativo de estas situaciones varía de unos casos a otros —lo cual tampoco resulta nada extraño tratándose de creaciones y seres humanos, que nunca son iguales entre sí—, bien por las diferencias particulares de cada caso singular, bien por la propia dimensión de las obras resultantes.

De la primera consideración podría seguirse la discutible expectativa de una mayor similitud entre las circunstancias biográficas de los autores considerados. Veamos un ejemplo: los casos de Moro y Campanella, dos de los autores más destacados de esta tradición. Así, Catalán señala que en el caso de Campanella la redacción de su utopía, *La ciudad del Sol*, se produce cuando sufre el encarcelamiento que le llevará a consumir 27 años de su vida en una cárcel de Nápoles (pág. 213). El relato utópico actuaría aquí como adecuado mecanismo compensatorio de sus expectativas político-religiosas truncadas así como también de la experiencia inmediata de su situación real. El paralelismo con Moro sería entonces total si éste hubiera escrito su *Utopía* cuando fue encarcelado por Enrique VIII y pasó los últimos días de su vida en la Torre de Londres antes de morir ejecutado por *obedecer a Dios antes que al rey*. Pero lo que compuso entonces fueron otras obras no utópicas sino consoladoras (*Diálogo de la fortaleza contra la tribulación* y *La agonía de Cristo*). La naturaleza compensatoria de su *Utopía* se traslada entonces a las fechas en las que, abandonando sus primeras veleidades monacales, Tomás Moro salta a la vida pública y comienza a dedicarse a la política real. La experiencia de ésta, de sus dificultades y limitaciones, le lleva entonces a compensarlas en la redacción de su obra, hasta el punto de producirse entonces una disociación entre su vida efectiva y su ensoñación utópica. La disociación sería tal que, como señala Catalán (pág. 210) incluso se habría argumentado que *Utopía* no sería obra del propio Tomás Moro o que habría sido escrita para ironizar sobre lo presentado en sus propias páginas. Se trataría pues en ambos casos, los de Campanella y Moro, de creaciones utópicas compensatorias, si bien responderían a circunstancias vitales diferentes, como es lógico tratándose de seres humanos. Seguramente la exigencia de un paralelismo mayor entre los casos considerados esté fuera de lugar en una propuesta interpretativa dentro del ámbito de las humanidades.

Más relevante podría ser la segunda consideración: la que destaca la dimensión desigual de las propias creaciones utópicas. Quizás la diferencia se ponga más claramente de relieve dependiendo de la perspectiva adoptada al aproximarse a estas obras. En efecto, consideradas con una tradición de *literatura utópica*, todas estas obras ocupan un mismo lugar y en todos los casos la referencia biográfica es especialmente relevante y oportuna. Sin embargo, también es cierto que esa referencia puede tener un alcance menor si consideramos algunas de estas obras como propias de la tradición del *pensamiento utópico*, en la que ya no ocupan todas un mismo

lugar. En este segundo sentido, la función compensatoria de estas páginas se equilibra con su capacidad para lanzar propuestas y modelos alternativos cuya discusión incluso seguiría siendo válida hoy. Un ejemplo, por citar de nuevo a Moro, podría ser el de las consideraciones que su obra hace sobre la eutanasia, que suelen ser citadas a menudo en las discusiones actuales sobre este tema, más teniendo en cuenta su condición de santo. Y esto es algo que también podría valer para algunas de las invenciones aparecidas en los relatos de los viajeros o en las semblanzas filosóficas que se hiciera de ellos. Este podría ser el caso de la función crítica que jugó el mito del *buen salvaje* a la hora de criticar el viejo orden tradicional europeo, servir para imaginar alternativas a ese orden e incluso contribuir de este modo finalmente a cambiarlo. Algunas de estas obras no sirvieron pues *únicamente* para tranquilizar las conciencias de sus autores, sino también para despertar las de sus lectores. Lo cual tampoco desmiente en absoluto la apelación al autoengaño. Es más, esto bien podría ser el éxito más inesperado del autoengaño o, para ser más precisos, del autoengaño *en el caso de algunas mentes geniales*: que incluso de sus autoengaños pudieran nacer algunas grandes ideas o hallazgos para los demás. De ser así, el autoengaño no sólo resultaría saludable desde el punto de vista de la psicología individual sino que también resultaría de él un importante e inesperado beneficio colectivo para todos.

Pero mientras discutimos estas ideas con el autor, vamos haciendo tiempo para recibir el segundo volumen de esta *Seudología*.

Hugo Aznar
Profesor de Ética Pública y del Periodismo
Universidad Cardenal Herrera - CEU
Valencia, España
mhaznar@uch.ceu.es